

2

PRIMER LLAMADO DE LA PESTE AL COMPROMISO MISERICORDIOSO

En París, año de 1627, Juan Eudes joven sacerdote del Oratorio de Béroulle, da por terminado un intenso pero apacible confinamiento de dos años por motivos de salud y se dedica a profundizar sus estudios teológicos.



La Capilla de Saint-Roche (construida en el hospital de Argentan en el siglo XVI para acoger a los apestados)

Le devora el alma el deseo de salir a predicar el amor irresistible del Corazón misericordioso de Jesucristo.

Alguien que no se imaginaba tocaba a la puerta de su vida recién organizada e instalada. Llegan noticias que lo sobresaltaron poderosamente, como a su padre Isaac cuando era estudiante de teología y

y tuvo que abandonar su avanzado proceso vocacional. El flagelo terrible de la peste ha llegado a su tierra, la región de Argentan, en Normandía. Desde las noticias visualiza la realidad que le conmueve las entrañas. El panorama desolador es amplio y es el mismo en Francia, en Saboya, Piamonte e Italia y durará cuatro años interminables con un creciente, abrumador, inconsolable dramatismo de sufrimiento humano.

Un reportero de aquellos días escribe:

“La suciedad de las ciudades, la nulidad de los socorros médicos, la ausencia de una administración regular capaz de poner un poco de orden en medio de tal confusión y el carácter contagioso del mal exagerado por la opinión, contribuían a



Apóstol de los apestados. (Vitrail del Juniorato San Juan Eudes de San Pedro).

a acrecentar la mortandad y aumentar el espanto y la desesperación. La presencia de una enfermedad que se transmite por el aliento, a la vez que deja contaminado todo aquello de que se sirve, nadie se atrevía a ver a nadie, y menos tocarle; los mismos alimentos se hacían sospechosos; las relaciones más queridas cesaban. A los primeros síntomas del azote se abandonaban las ciudades que durante 4 meses enteros permanecían desiertas, cubriéndose sus calles de hierba y transitando por ellas grandes manadas de lobos atraídos por el hedor de los cadáveres insepultos. Los mismos labradores dejaban los campos y tiraban las azadas. Un año de peste traía un año de hambre, la cual a su vez volvía a ocasionar una peste: mortífero circuito cerrado durante mucho tiempo” (1).

Juan Eudes, entonces, siente el poderoso llamado de la peste para entrar en comunión con el sufrimiento humano. Siente en sus entrañas que lo único que sabe hacer es ser misericordioso y acude a su superior el P. de Bérulle y le suplica casi de rodillas que le permita ir al corazón mismo y centro



(Las crónicas de la época son realmente dramática)

su diócesis, contando con el permiso dado por el vicario general de Sééz. Estamos a mediados de agosto de 1627 y Juan Eudes identifica, sin miedos, pero muy cuidadoso, los lugares de su misión. Al principio nadie quiere darle hospedaje. Anotará en su Diario de acción de gracias como vivió su misión de misericordia como verdadero apóstol de los apestados.

Leamos esta página preciosa donde solo quiere manifestar la misericordia del Señor. Juan Eudes es muy sintético, sin dramatismos.

“En 1627 la peste llegó a la diócesis de Sééz, a las parroquias de San Cristóbal, San Pedro de Vrigny, San Martín de Vrigny, de Avoines y otras muchas parroquias vecinas, y los enfermos estaban abandonados sin ningún auxilio espiritual.

Estando yo en París, pedí permiso al R.P. de Bérulle para ir a asistirlos: y me lo concedió. Fui a hospedarme donde un buen sacerdote ejemplar de la parroquia de San Cristóbal, el P. Laurens, quien me acogió caritativamente en su casa. Celebrábamos diariamente la santa misa en la capilla de San Evroult, no lejana de su casa. Después yo ponía las hostias que había consagrado en una cajita blanca de hojalata, que conservo en el fondo de mi baúl, la que llevaba al cuello. Luego, íbamos este buen sacerdote y yo, a buscar a los enfermos, ya a una parroquia, ya a otra y los confesábamos; en seguida yo les daba el santísimo Sacramento. Así

de la epidemia. Alcanza el permiso con mil y una recomendaciones, como es natural.

Desde París emprende el viaje hasta Caen y una buena parte a pie. ¿Qué lleva? Un altar portátil que carga sobre sus hombros con lo necesario para celebrar la Eucaristía y una cajita blanca de hojalata que cuelga a su cuello para llevar la comunión a los apestados.

Va a la comunidad de Caen a hablar con el superior, el P. Allard, quien no está muy de acuerdo, pero al fin cede, valorando las cualidades de Juan Eudes, a quien aprecia bastante y le permite ir a

hicimos desde fines de agosto hasta la fiesta de Todos los Santos cuando la peste cesó del todo y Dios nos conservó de tal manera que no experimentamos ninguna incomodidad. Por esto, Te bendigo, Señor y Rey mío y te ensalzo, Dios Salvador mío. *Proclamo tu nombre porque te constituiste en mi ayuda y protector. (2).* Así respondió al primer llamado de la peste desde su ser misericordioso.